muy religioso en su mentirosa y falsa religión. Dolíase mucho de los pobres y gente necesitada y tenía hecho un mirador en su palacio, cubierto con celosías, de manera que pudiese ver y no ser visto, y desde allí miraba la gente que iba a los mercados y en viendo alguna mujer pobremente vestida y que llevaba hijos hacíala llamar con criados que para esto tenía allí consigo y sabía de ella su vida y necesidad y la vestía y al hijo o hijuelos que llevaba también; y mandaba darles de sus trojes el sustento necesario del año; esto era muy ordinario en este príncipe. Mandó que todos los niños huérfanos y viejos imposibilitados y los impedidos por enfermedades largas y contagiosas acudiesen a su palacio a recibir socorro; y así se le daba cada día. Los que en las guerras habían quedado cojos, mancos o ciegos o con algún defecto particular que los tuviese impedidos para no poder seguir la milicia eran sustentados en lugar particular, para esto señalado, con ración señalada según la calidad y suerte de cada uno; y en esto y en vestirlos algunas veces en el discurso del año gastaba gran parte de sus rentas; porque tenía continuamente gran número de gente en el servicio de estas obras pías; y él mismo en persona muchas veces los visitaba y miraba con cuidado y vigilancia si eran bien servidos o si les faltaba algo de su menester y regalo.

CAPÍTULO LXV. *De cómo el rey Nezahualpilli mandó matar a Huexotzincatzin, su hijo, porque violó una ley puesta en palacio*

A HEMOS DICHO COMO EL REY NEZAHUALPILLI, de Tetzcuco, casó con dos hermanas señoras mexicanas y que de la menor hubo algunos hijos, de los cuales el mayor se llamaba Huexotzincatzin, al cual quería muy en extremo; lo uno por haber salido mozo apacible y belicoso en las cosas de la guerra; lo otro por ser hijo de Xocotzincatzin, a quien él tanto quería y amaba. Pero sucedió que un día entrando en palacio llamado de su padre para hacerle tlacateccatl (que es capitán general), yendo acompañado con los ayos que lo habían criado, se encontró con una de las concubinas de su padre, a la cual dijo algunas palabras livianas y no tan compuestas como requería. La mujer, que no debía de ser de mucho seso, viéndose requebrada del príncipe o ya por haberse enfadado de el requiebro o ya con temor de que no lo supiese el rey su padre y quedase en alguna sospecha de su fidelidad entróse allá dentro. Algunos dicen que no la conoció sino que como la vido mujer hermosa y algo altanera y libertada se comenzó a requebrar con ella; pero la dueña, que se había entrado allá dentro, se fue a la presencia del rey y le contó lo que con Huexotzincatzin le había pasado. De esto que Huexotzincatl había hecho quedaron muy sentidos sus ayos y aun con no menos recelo de lo que el padre haría de castigo en él si lo supiese; porque sabían de su con-

dición severa que le mandaría matar, por ser caso vedado por ley en palacio, en especial con mujer o concubina del mismo rey. El rey que supo el caso, preguntó a la concubina si aquel requiebro que le había hecho y deshonestidad que había mostrado Huexotzincatzin había sido a solas entre los dos o en presencia de algunos que lo oyesen, porque bien quisiera Nezahualpilli no ejecutar en él la ley que le condenaba, porque era de muerte; pero la mal considerada mujer dijo que se le había atrevido en público en presencia de sus ayos y de otros muchos que le acompañaban. Mandó luego a esta mujer irse a su recogimiento; y el rey se retiró a unos cuartos que llamaban de la tristeza; y entrando una guarda a avisar cómo su hijo Huexotzincatzin, con otra mucha gente, quería entrar a besarle sus reales manos mandó que el príncipe o infante se quedase fuera y que los ayos entrasen, de donde coligieron lo que antes sospecharon. Entraron estos señores y con rostro muy severo el rey les preguntó el caso, y como no les convenía mentir (porque si mintieran y el rey lo averiguara murieran por ello) dijeron la verdad; pero facilitándolo mucho, excusando al infante, diciendo que no había conocido qué mujer fuese, ni tampoco las palabras habían sido con deshonestidad, ni que obligasen a que se juzgase por crimen ni exceso.

Oyólo el rey y mandó que luego lo prendiesen y tuviesen a recaudo; y este mismo día pronunció sentencia de muerte contra él. Sabido por todos los grandes de la corte fuéronse a él y con grandes lágrimas y persuasiones le pidieron que no lo hiciese tal y que mirase que era su hijo y el caso muy liviano, pero no aprovechó; antes, con lo que le decían, mucho más se animaba a la ejecución de su sentencia, y se excusaba con decir que si era ley que en el real palacio no hubiese semejantes atrevimientos, y que la guardaban inviolablemente todos los del reino, que cómo satisfaría a la república habiéndola quebrantado y violado su hijo y no castigándola; que para que supiesen que a nadie la perdonaría la castigaba en él, y que tendrían razón de decir que su rey hacía leyes para los extraños y no para los de su casa. Con esto los despidió y dijo que no le hablasen más en ello. La madre, que más que a otro le dolía la muerte de su hijo, viendo o sabiendo que el rey estaba determinado a dársela fuese a él con sus hijos y con palabras tiernas y amorosas procuró disuadirle de aquel intento; pero esta blandura mujeril convertía Nezahualpilli en dureza de corazón; y mientras más ella le decía, él mucho más se empeoraba. Viendo Xocotzincatzin que el hablarle en ello era más indignable, díjole (como desesperada y desconfiada de alcanzarle vida a su hijo) que la matase a ella también con él, pues se hacía carnicero de su propia sangre y que delante tenía los otros hijos que en ella había engendrado, que hiciese sacrificio en ellos como hombre que por no traspasar una liviana ley, puesta en palacio, traspasaba la natural de ser homicida de su propio hijo. El rey, aunque estaba enojado, no respondió con enojo a la reina, antes con rostro grave le dijo que se fuese de allí porque el caso no tenía remedio. La madre quebrantada de dolor salió del palacio y se fue al suyo y allí, con otras muchas señoras y damas que la visitaron, comenzaron un tierno y amargo llanto. Íbase

dilatando la muerte de Huexotzincatzin por los que la habían de ejecutar, y sabiéndolo el rey mandó que sin embargo de cosa viviente se la diesen. Así murió este desgraciado mancebo por sentencia difinitiva de su padre. El cual, luego que lo mandó matar con última resolución y sabiendo que se había ejecutado, se encerró en una sala donde estuvo, cuarenta días sin ver a nadie, llorando y sintiendo la muerte de su hijo que lo amaba más que a sí y le dio la muerte sólo por no quebrantar la ley puesta en honor y respeto de su palacio y casa. Mandó luego tapiar las puertas de la de su hijo y, con graves penas, que no entrasen en ellas porque arruinándose se cayesen y faltase la memoria de su dolor. Caso es éste, por cierto, harto de notar y aunque parece que huele a tiranía contra el amor natural fue al fin justicia rigurosa que no admitió epiqueya, por ventura; porque para otras cosas debió de parecerle al rey convenir así. De donde pudieron tomar doctrina los demás que quedaban en servicio del palacio y en administración del reino; que si en el árbol verde se hizo tal destrozo, que en el seco sería, cuando menos, el mismo y por ventura mayor; porque el que no perdona a su hijo, en el quebrantamiento de una ley, mucho menos perdonará al criado que la violare o quebrantare. Y de haberse hecho esto en alguna ocasión que los que vivimos ahora, sabemos ha habido grande cuidado y vigilancia en mirar por sí cada uno; y algún rey habrá sido llamado por esto y por otras semejantes cosas el prudente, y hay muy pocos que hagan esto; y por esto los pocos que ha habido son muy alabados, cuya memoria dura para siempre.

CAPÍTULO LXVI. *Que prosiguen las cosas de el reinado de Ahuitzotl, rey de Mexico*

REINANDO EL REY AHUITZOTL EN MEXICO y habiendo tenido tantas guerras y vencido tantas batallas no por esto dejaba de cuidar de las cosas de su república, mayormente las de la religión; y así fue haciendo algunas otras casas al demonio (después de haberle acabado la mayor que fue llamada de Huitzilopuchtli), y el año que venció al ejército Huexotzincatl, acabó la que se llamó de Tlacatecco, que aunque no era como la principal de su mayor dios era muy sumptuosa, en cuya dedicación hubo grandísimas fiestas; pero tuvieron por azar quemarse un templo del demonio en el barrio de Tlillan, que no poco temor causaría a estos mexicanos por ser como eran tan agoreros y notadores de señales. Murieron en esta dedicación todos los esclavos y cautivos que trajo de Quimichtlan y otras partes. Y luego partió contra los de Mizquitlan en la provincia de Cuextlan; y aunque los venció, murieron en la guerra muchos mexicanos. En medio de estas guerras con que Ahuitzotl andaba ensanchando su imperio, se desafiaron los de la provincia de Tepeaca y los de Cholulla, por no sé qué diferencias que entre los señores de estas dos provincias hubo. Y con este enojo salieron los de Tepeaca a hacer guerra a esotros que los aguardaron